

Odio mi mala suerte. De verdad, la odio. En esta vida hay gente con propensión a triunfar y otros, la mayoría, destinados a estrellarse una y otra vez. Unos fracasan por inútiles, otros por vagos y algunos, como yo, por puñetera mala suerte. No te equivoques conmigo. No soy un gafe. O al menos no me considero como tal. Cuando pienses en mí no te imagines una especie de Mr. Bean con mala suerte. Tengo una vida normal, sólo es que, en los momentos cruciales, cuando necesito un empujón para triunfar, recibo una mísera zancadilla. No es un acoso constante, la muy jodida sabe cuando atizarme. Me espera agazapada y cuando vislumbra mis posibilidades de triunfar me golpea. Es rápida y precisa. Con mano firme de cirujano. Mi maldita mala suerte. A pesar de ella vivo bien. Con su ayuda viviría mejor.

Hace cinco años tuve una revelación. Yo era un triste estudiante de económicas. Un día cualquiera, navegando por la red, leí una noticia que me hizo recapacitar. Hablaba sobre el repunte de los timos clásicos. El tocomucho y el timo de la estampita estaban otra vez en boga. De hecho, nunca habían pasado de moda. Fue como descubrir el sexo otra vez. Embriagador y excitante. Un mundo nuevo de posibilidades se abrió ante mis ojos. Si un rebanaorzas del tres al cuarto podía pegar esos palos ¿qué no podría hacer yo? No tuve ningún reparo ético. Me aprovecharía de sinvergüenzas y gente sin escrúpulos ¿Por qué los tendría que tener yo? Desde entonces, y como dijo un amigo mío, odio a los incrédulos, ellos no me dan nada, son reacios a colaborar. Por eso adoro a los crédulos, cegados por la codicia me siguen el juego. Se lo merecen. Lo único que me fastidia es no poder ver su estúpida cara al descubrir el engaño. Me tengo que contentar con su dinero. No soy un genio. No innovo. Me limito a los trucos clásicos. Cuando la gente quiere creer y huele el dinero se traga cualquier cosa. La primera vez que hice el tocomucho haciéndome pasar por un inmigrante ilegal argentino tenía un acento pésimo. Más parecía un borracho que no cesaba de repetir boludo. Gané 2.500 euros.

Hace dos días me di cuenta. Mis reservas de dinero se me estaban acabando. Había llegado el momento de hacer un pequeño trabajo. Algo que me diera para vivir un par de meses. Con algo pequeño bastaría. No soy ambicioso. Tengo pocos gastos y menos caprichos. Una hipoteca, algo de música y libros. Recurría, una vez más, al clásico tocomucho, pero lo haría a mi estilo, en solitario. Sin cómplices que me compliquen la vida. No cuesta encontrar un ingenuo al que pervertir con mi canto de sirena. Es difícil resistirse al dinero fácil. Conduje mi viejo coche hasta una ciudad a doscientos kilómetros de la mía. Era terreno virgen y lo suficiente lejos de casa. El escenario ideal. Compré un boleto de lotería y aproveché para leer mientras esperaba la hora del sorteo y el nuevo día de trabajo. Una de las cosas buenas de esta manera de ganarse la vida es el mucho tiempo libre que me deja. Necesito tiempo para leer y escribir. Algún día seré un buen escritor (algún día).

El nuevo día amaneció gris plomizo. Una fría lluvia impregnaba la calle pero el gélido viento de levante me traía el aroma del dinero Presentía que iba a dar esquinazo a la mala suerte. Llevaba sólo veinte minutos callejeando la ciudad, husmeando, oliendo la presa, como un lobo que acecha en la montaña, buscando el eslabón débil de la manada, cuando me di de bruces con mi tierno cabrito. El manjar más deseado. Tuve una corazonada y me lancé al ataque. El único pero que le vi es que era una montaña de músculos. Pura carne de gimnasio y esteroides. Gracias a Dios, para cuando descubriera el engaño, estaría bien lejos de su furia. Entró con facilidad en mi juego gracias a mi perfecto, ahora si, acento argentino, pero mi mala suerte despertó y descubrí que el tipo era buena persona. El muy cretino se ofreció a cobrar el décimo y a darme todo el premio. Tuve que usar todo mi arte para venderle un imposible. Casi llegué a pensar que mi oficio no sería suficiente para doblegar a aquella alma cándida pero a base de incongruencias, mentiras y mucho sudor frío logré endosarle aquel maldito décimo. Su bondad fue su perdición y mi fortuna. Logré sacarle 6.000 €. Había obtenido mi mayor éxito y además en el primer intento y en el primer día. Todo un logro. Por un fin un pequeño golpe de suerte.

Contento y orgulloso regresé a mi ciudad y a mi pequeño e inmenso mundo: mis libros y mis textos. Dos días después, tan feliz estaba que decidí obsequiarme con un par de libros nuevos. Gracias a un foro de internet tenía muy buenas referencias sobre una serie de novelas que narraban la vida de un antiguo general romano. Caminaba ensimismado, cavilando sobre un cuento al que no acertaba a poner un digno final, cuando una presencia ensombreció mi ánimo y ahuyentó mi coraje. Aquella mole descomunal de músculo se hallaba frente a mí. Casi podía oír a mi mala suerte carcajeándose (doscientos kilómetros). Si me lo contaran de otra persona me parecería gracioso e incluso podría escribir un breve relato sobre el hecho, pero en aquel momento sólo acertaba a preguntarme si mis secuelas serían permanentes.

“No lo mires, que no se crucen nuestras miradas, tal vez no me reconozca”. Haciendo caso a los que tal vez fueran mis últimos pensamientos cuerdos desvié la mirada y avivé el paso. Aguanté la respiración y avancé como las ideas según Platón, con un paso eterno, una cara inmutable y mi alma única y en aquellos momentos acobardada. Así, paso a paso, conseguí cruzarme y sobrepasar a la montaña pero tales eran mis nervios que se me cayó el bolígrafo con el que suelo jugar mientras pienso. No me habría vuelto por un manuscrito autógrafo con la tercera parte del Quijote así que menos por un mísero boli.

—Disculpa amigo, pero se le ha caído el bolígrafo —dijo la mole de músculos con tono amable.

Oí y comprendí aquellas palabras pero yo sólo podía escuchar una risa sádica.

“Aprieta el paso y por lo que más quieras, no te gires”

—¡Amigo! Su boli.

“Si vuelve a insistir sal corriendo y que sea lo que Dios quiera”, pero no hubo una tercera apelación. En su lugar sentí una garra de oso agarrándome por el hombro con delicadeza pero de manera firme. Otra vez aquel sudor frío. No pude evitar girarme.

—¡Coño! Si eres tú. Esta si que es buena. Llevo dos días pensando en ti.

“Mierdaaaaaaaaaaaaaaaaaa...”

Intenté hablar, pero mi otrora extraordinaria labia había huido en pos de mi coraje. Me sentía como en el colegio, ante el director del colegio con poder para molerme a palos. Sólo atreví a balbucear un: —¿oh?

—¿No te acuerdas de mí? Soy el del décimo.

“Me mata, de una leche me pone el cuello como el de la niña de El Exorcista”. Más sudor frío, el cuerpo descontrolado, el cerebro ausente, el esfínter a punto de relajarse.

—¡Ah!

—Me lo vendiste y me siento culpable.

“¿Culpable?”

—¿Eh?

—Sí, me sabe mal, siento que me he aprovechado de ti y de tus circunstancias. Acompáñame al banco y deja que te pague al menos otros 6.000€.

“¿Qué dice este loco?”

—¿Al banco? —mi locuacidad, una vez pasado el peligro, volvía rauda al calor del dinero.

—Es lo menos que puedo hacer para agradecerte el premio de 100.000€.

“La madre que me parió”.

Hice el tocomocho con un billete premiado. Esta vez no hubo timo. Mi jodida mala suerte había convertido mi buena suerte en la peor puta mala suerte. Aún resuenan sus carcajadas en mi cabeza. Encima la historia es tan inverosímil y con un final tan manido que no vale ni para escribir un triste relato. Maldita mala suerte.

Escrito por Raúl Borrás León
raulborrasleon@gmail.com